

LA LEY DE LA CALLE

Programa de radio nacional dirigido por Arturo Pérez-Reverte sobre el mundo marginal y que se mantuvo en antena durante cinco años y fue una experiencia inédita en la radio europea sobre la realidad de dos mundos: el de la ley y el de la delincuencia.

Aquella España áspera y dura que reflejaba cada noche de los viernes en su programa de radio La ley de la calle; una tertulia a micrófono abierto con presidiarios, drogadictos, policías y prostitutas.

En 1993 obtuvo el Premio Ondas.

Puedes escuchar aquí su despedida en el último programa (Archivo Audio Mp3)

<http://www.icorso.com/hemeroteca/LALEYDELACALLE.mp3>



“Reverte abandona RNE tras negarse a cambiar el horario de su espacio”.

Sábado, 26 de febrero de 1994

Carcedo le ofreció que "La ley de la calle" se emitiera los sábados

La nueva programación también ha dejado fuera a Gloria Berrocal

SOLEDAD MAYORAL

MADRID. «Me niego a que me cambien el programa de día de emisión y de horario, y como soy consecuente abandono la cadena».

Con esa rotundidad se expresaba Arturo Pérez Reverte, director del programa La ley de la calle, que se emite todos los viernes, de 12.30 h a 2 h de la madrugada, desde hace cinco años en Radio Nacional de España.

La directiva de esta cadena ha decidido poner en funcionamiento, a partir del 1 de marzo, una nueva programación.

En la banda horaria que ocupaba el espacio de Reverte se emitirá Parada en la 1, un programa que contará con los mismos personajes de su anterior espacio La radio de las sábanas blancas y que se ofrecerá de lunes a viernes de 1 a 2 de la madrugada. Estos cambios también han afectado a Gloria Berrocal, que dirigía Noches de amor. Gloria se hizo cargo del espacio a raíz de que lo abandonase Isabel Gemio.

Dada esta reestructuración, el director de esta cadena, Diego Carcedo, ha propuesto a Pérez Reverte que La ley de la calle pasase a emitirse los sábados o que cambiase su actual horario por el de madrugada. Oferta que el reportero ha rechazado.

«Es un espacio hecho por mí, yo me traje a mis «yonquis», mis prostitutas... Ahora goza de una audiencia fija, amigos que desde hace cinco años tienen una cita con nosotros. El programa se ha ido consolidando poco a poco, y cuenta con un prestigio. Recibió el premio Ondas el año pasado.

Entonces, no puedo aceptar estos cambios. Si emiten el programa de madrugada es como dejarlo morir y cambiarlo a los sábados tampoco tiene sentido, porque siempre ha sido los viernes», declaró Arturo Pérez Reverte.

Ayer, el reportero de TVE, desconocía lo que iba a pasar con el programa.

«Yo me voy, porque este espacio ya no sería La ley de la calle. Que hagan lo que quieran».

Miembros del espacio han declarado que están de acuerdo con la decisión de Arturo Pérez Reverte y que se oponen a los cambios del programa.

«Arturo nos ha consultado en todo momento y compartimos su decisión. No queremos que parezca que nos ha dejado a nuestro aire».

Pérez Reverte quiso dejar claro que el abandono de la cadena se producía sin ningún tipo de tensión. «Lo que he hecho es tomar una decisión y ser coherente con ella», afirmó.

EL PAIS edición impresa

“Pérez-Reverte deja Radio Nacional por discrepancias con la dirección”.

Sábado, 26 de febrero de 1994

El periodista y escritor Arturo Pérez Reverte decidió en la mañana de ayer abandonar Radio Nacional de España (RNE).

Pérez, Reverte se negó a aceptar el cambio de día y hora de su programa en Radio 1, La ley de la calle, decidido por Diego Carcedo, director de la emisora estatal. El motivo del cambio es la reorganización de la programación nocturna de RNE a partir de la próxima semana.

La ley de la calle, que lleva cinco años en antena, es uno de los espacios más prestigiosos de RNE y el pasado mes de noviembre recibió el Premio Ondas. El espacio se emite en directo en la madrugada del sábado, de doce y media a dos. Salvador López Ibinaga, portavoz de la emisora, indicó que a Pérez Reverte se le ofreció trasladar su programa a la madrugada del domingo o lunes, o bien grabarlo en su horario actual y emitirlo en diferido un día después.

Sin embargo, el mismo portavoz indicó que el programa de Pérez Reverte "gustaba e iba bien de audiencia".



<http://www.icorso.com/foro.html>



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Los que no se estiran

de preguntar qué se debe, como en muchas otras cosas, los humildes y los desgraciados tienen dignidad y vergüenza torera. Más que los directores generales, la presunta gente de bien, los políticos y los meapilas.

Porque ya me dirán ustedes. En España se perdona todo menos cortarse a la hora de pagar las copas, y por eso anda espeso el ambiente. Aquí resulta que cierto personal ha estado tirando de fino La Ina y lonchas de pata negra, venga palmas para acá y para allá, ozú los enanos de Tafalla, la gente guapa y la porcelanosa biutiful y la madre que la parió, y venga a contratar guitarristas y cuadros flamencos y lavanda inglesa de Gal. Y resulta que ahora, después de haberse calzado, ellos o sus compadres, todas las botellas del bar, los fulanos se escaquean sin pagar la factura que presenta el camarero. Y te quedas patidifuso viendo cómo dejan pagar a todo el mundo sin echar ellos mano a la cartera, mirando hacia otro lado, imperturbables, como si las quince mil de la dolorosa no fueran con ellos.

Y eso sí que no. Porque la gente bien nacida es la que da con los nudillos en la barra y pregunta qué se debe. Y aunque sean los últimos mil duros, uno los saca, los pone encima de la mesa y se va con la cabeza muy alta y sin descomponer el gesto, sin montar números ni hacer alardes ni buscarse coartadas. Se paga la cuenta tanto si el vino salió bueno como si salió malo, porque así debe entrar y salir uno en los bares de España. Quizá por eso Mario Conde me cae bien ahora; por el temple con que abona sus copas sin perder la compostura y sin pestañear. Deberían aprender de él, y de mi amigo el que sirlaba en las esquinas para pagar su dignidad y nuestras cervezas, todos esos borrachos miserables que salen tambaleándose del garito a vomitarnos en la acera, intentando que haya suerte y la factura la paguen otros.

Tuve amigos que ya no lo son, porque eran demasiado lentos a la hora de pagar una copa. Fulanos de esos a quienes la llegada del camarero con la cuenta del bar o del restaurante sorprende siempre con la atención puesta en otro sitio, o buscándose una cartera o unas monedas que no encuentran, o mirándote indecisos, cual embargados por duda metafísica. Claro que aún puede ser peor. Está el que abre la cartera, te mira a los ojos muy serio y dice aquello de:

—Vamos a medias, ¿no?

Los hay de todo tipo y pelaje. Desde el que siempre apunta eso de *la próxima corre de mi cuenta*, pero nunca llega la próxima, hasta el especialista en pagar las cañas sólo cuando la siguiente ya es etiqueta negra. O el que te invita a cenar con dos señoras, y al llegar la cuenta sugiere que cada cual, incluidas las señoras, se pague su parte; y es tanta la vergüenza ajena, que al final dices venga, déjalo, hombre, no te preocupes, de verdad, ya pago yo, hijo de la gran puta. Que la próxima vez va a cenar contigo el mercader de Venecia. Hay también una variedad más sofisticada; la del que se deja invitar cinco o seis veces seguidas, y cuando por fin ya no tiene escapatoria —ha llegado la factura y tú, con las manos encima de la mesa, lo estás mirando— hace el gesto de sacar la cartera, cuenta muy serio los billetes, esboza un rictus de contrariedad y dice que le prestes tres o cuatro mil pesetas, que no le alcanza.

No es nuestro pecado capital, y me alegro. Tal vez por eso, porque a la hora de estirarnos en la barra del bar somos un pueblo generoso y buena gente, este país llega a ser soportable y los guiris, cuando vienen, se quedan encantados. Que si no, de qué. Yo diría que el nuestro es el único lugar del mundo en que un forastero

con amigos locales o un turista en buenas manos pueden recorrer todos los bares de Madrid, de Sevilla, de Bilbao, noche tras noche y sin que le permitan gastarse un duro. Aquí, pagar una copa no parece una obligación, sino un honor mezcla de hospitalidad y de chulería en plan vamos anda, guárdate eso ahora mismo. Otros seis tintos, Manolo, y unas tapitas. Nos ha jodido aquí, el alonsanfán.



Y entre aborígenes, tres cuartos de lo mismo. Cuando andaba muy tieso de viruta, uno de los chorizos habituales en *La Ley de la Calle* —aquel programa marginal de putas, delincuentes y presidiarios, que estuvo cinco años en antena hasta que se lo cargaron Jordi García Candau y Diego Carcedo en cuanto le dieron el premio Ondas—, empalmaba navaja y daba una sirla en cualquier esquina antes de ir al estudio de RNE, a fin de pagar una ronda cuando nos íbamos de copas después de la emisión. Porque en eso



ARTURO PÉREZ-REVERTE

El chinorri de Juan

Estos primeros días de enero, con todo el venid y vamos todos, y los Reyes Magos, y los escaparates de los grandes almacenes y las jugueterías las pocas que van quedando atiborradas con esa mala zorra de la Barbie y demás artículos engañosos, el arriba firmante se ha estado acordando mucho del hijo de su ex amigo Juan. Algunos de ustedes, los que durante cinco años escucharon La ley de la calle en RNE, recordarán a Juan y su peculiar modo de contar las noticias, con aquella jerga y maneras de tipo bronco, taleguero, junto a Manolo el pasma marchoso y Ángel, el choro arrepentido.

Juan era mi amigo, y era un tipo especial. Había estado enganchado a la heroína, y en la cárcel; y dispuesto a regenerarse se comía el mono yéndose al monte a cortar árboles con las brigadas de ICONA, o como se llame ahora. Llegaba al programa inmaculadamente limpio, con la camisa y los pantalones recién planchados por su vieja, que era una santa. A pesar del pasado reciente, Juan era un tipo cabal y cumplidor, fiel a sus amigos y a sus compromisos. Rubito, menudo y con una mirada azul que parecía agua helada, peligrosa. Era un duro de verdad. Tenía en el costado una cicatriz de un palmo —la mojada que una vez le dieron en el talego y ese andar rápido y oscilante que se adquiere pateando arriba y abajo muchos patios de prisión. Era inquieto, nervioso, susceptible, auténtico, bravo. También tenía un corazón de oro, pero el jaco le habla dejado algún muelle suelto, un punto agresivo que saltaba de vez en cuando y lo hacía liar unas pajarracas terribles. Por alguna extraña razón, en el programa no respetaba a nadie más que a mí; y sólo yo conseguía templarlo cuando se enzarzaba con algún oyente malintencionado, o con un tolai, o con un pelmazo. Nos queríamos mucho.

Los viernes por la noche, después del micrófono, íbamos por ahí de birras y conversación, y él se liaba esos canutos que yo nunca le dejaba fumar mientras estábamos en antena. Supe así de su vida, de sus esfuerzos por mantenerse lejos del caballo, de la soledad y de aquella retorcida dignidad personal, hecha de orgullo desesperado y de respeto a la palabra dada, que él mantenía en alto como una bandera, tal vez porque no tenía otra cosa a la que agarrarse. Habla estado casado con una merchera sometida a los códigos

estrictos de su clan, y me contaba que ella habla vuelto con su familia, con el hijo que hablan tenido, y que ahora no le dejaban ver. Cuando iba a visitarlo, la familia de su mujer se cerraba en banda, le impedían ver al enano, e incluso hubo algún incidente que desbordó las palabras. A veces Juan no podía más y se iba de viaje a ese pueblo de Valencia, o Castellón no recuerdo bien el sitio para, escondido tras una esquina, ver de lejos a su mujer y a su hijo. No tenía un duro, y cuando reunía lo que le pagaban por dos o tres programas, le compraba un juguete al crío e intentaba hacerselo llegar de alguna manera. Recuerdo que un año, por estas mismas fechas, Juan estuvo ahorrando para comprarle un camión con mando a distancia que era decía para rilarse, colega, con todas las sirenas, y las luces, y la hostia. Y yo ofrecí echarle una mano, no sé, dos o tres talegos; y él me miró muy serio y me dijo: mi chinorri es cosa mía, colega, cómo lo ves.

Juan es uno de mis remordimientos. Porque una noche que venía quemado y se le cruzaron los cables en directo y empezó a cagarse en los muertos de un oyente, tuvimos allí, en el estudio, unas palabras. Y ya con el micro cerrado él me agarró por el cuello de la camisa y yo, que también estaba caliente, le dije que me soltara o lo rajaba allí mismo. Y me miró como no me habla mirado nunca muy fijo y muy triste, y me soltó la camisa. Y yo, que seguía caliente, en plan doble, le dije que aquello no era el patio del talego, sino una emisora de radio, y que estaba despedido. Y él se fue, y ya no volvió nunca más, y yo perdí para siempre aquella noche, porque soy un perfecto gilipollas, a uno de los más fieles amigos que tuve nunca. Y sólo mucho después supe, por un tercero, que ese día Juan habla vuelto de Castellón, o de Valencia, con su camión de sirenas y luces que era la hostia bajo el brazo, porque la familia de su ex no le habla dejado dárselo al chinorri. Y por eso iba como iba. Son cosas que pasan.

De aquello han transcurrido dos años y no sé qué fue de Juan. Pero siempre lo imagino con su pelo rubio recién lavado y aquellos pantalones y camisas impecablemente limpios, planchados por su vieja, tras una esquina, viendo pasar al chinorri a lo lejos, de la mano de su madre y los abuelos. Ojalá este día de Reyes haya podido darle el camión.



ARTURO
PÉREZ-REVERTE

Una mujer de bandera

Era grande, morena y guapa. Se llamaba Eva y se había comido a pulso tres años en Carabanchel. Tenía un aspecto estupendo, y de no empeñarse en vestir como una choriza, muy a lo taleguero, habría podido pasar por lo que mi abuelo llamaba una mujer de bandera. Conocí a Eva y a sus amigas cuando unos colegas y el arriba firmante aún hacíamos La ley de la calle: aquel programa de radio de los viernes por la noche a base de presidiarios, y yonquis, y lumis, que estuvo cinco años en antena hasta que unos individuos llamados Diego Carcedo y Jordi García Candau se lo cargaron de la forma miserable en que solían cargarse en RTVE todo lo que no podían controlar.

Eva y sus troncas nos habían estado oyendo desde el talego, mandaban cartas pidiendo discos dedicados, y cuando salieron iban a visitarnos cada viernes por la noche, sumándose a la variorpinta tertulia que allí teníamos montada con lo mejor de cada casa: Ángel, el ex boxeador, manguta y rey del trile; Manolo, el pasma simpático; Ruth, la puta filósofa y marchosa; y Juan, mi choro favorito, el ex yonqui pequeño, bravo, pulcro y rubio, que montaba unos jaris tremendos cuando discutía con algún oyente, y con quien estuve a punto de acuchillarme una noche, en directo.

Había otros invitados eventuales: amigos salidos del talego que iban a seguir el programa, taxistas, chuloputas, chaperos y varios etcéteras más. Éramos una basca cuoriosa, y nos íbamos por ahí después, de madrugada, y nos echaban de los tugurios cuando Juan se liaba canutos enormes como trompetas y había que decirle: oye, colega, córtate un poco, o sea. Eva era asidua con su amiga Elvira, que tenía el bicho -el sida-, y un novio, Luis, el raensaka honrado y tranquilo que la abrigaba con su chupa de cuero a la salida de los bares para evitar que cogiera un catarro que podía dejarla lista de papeles. Como Elvira, Eva tenía a la espalda una historia nada original: familia humilde, pocos estudios, un trabajo precario abandonado para irse con un tiñalpa que la metió de cabeza en la mierda, el jaco y el infierno. Se había desintoxicado en los tres años de talego y era una mujer sana, espléndida. Siempre bromeábamos con la promesa de que yo iba a invitarla con

champaña a una cena en un restaurante muy caro de Madrid, y ese día ella cambiaría los tejanos ajustados, las silenciosas y la camiseta negra de heavy metal por un vestido elegante y unos zapatos de tacón alto, prendas que no había usado, decía, en su puta vida. Una vez me habló de su padre, al que quería mucho aunque la había echado de casa cuando empezó a robarle dinero para la heroína. Y cuando cumplí cuarenta brejes, ella y sus amigas me llevaron una tarta al programa, y me cantaron cumpleaños feliz, y esa noche con Juan, Ángel, Ruth y los otros, nos fuimos de copas y agarramos una castaña, con pajarraca y estaba incluidas, que tembló el misterio. Hasta el punto de que no fuimos al talego porque a los policías les sonaba mi careto y porque Manolo -de algo tenía que servir que fuera madero- tiró de milagrosa y nos avaló ante la autoridad.

Un día Eva desapareció de nuestras vidas. Alguien dijo que de nuevo coqueteaba con el jaco, que tenía problemas. Y pasó el tiempo. No volví a saber de ella hasta hace cosa de mes y medio, cuando me la crucé en la plaza Tirso de Molina de Madrid. La reconocí por su estatura, y porque conservaba algo de su antigua belleza. Pero ya no era una mujer de bandera, sino flaca y como con diez años más encima. Y sus ojos, que antes eran negros y grandes, miraban al vacío, apagados, mientras discutía con un fulano con pinta infame, de hecho polvo. Ella le decía: vale, tío, pero luego no digas que no te lo dije. Le repetía eso una y otra vez muy para allá, con voz adormilada e ida, y le agarraba torpe un brazo; y el otro se lo sacudía con muy mala leche y levantaba la mano para abofetearla, sin terminar el gesto. Y yo pasé a medio metro, y por un momento no supe si calzarle una hostia al fulano y buscarme la ruina, o decirle algo a ella, o yo qué sé. Y entonces Eva deslizó su mirada sobre mí, o sea, me miró un momento con los ojos vacíos, sin verme, sin reconocerme para nada; y luego fijó la mirada turbia en el jambo y de nuevo volvió a decirle no digas que no te lo dije, tío. Y yo seguí calle abajo, pensando en aquella botella de champaña que nunca llegamos a beber. Y en aquel vestido y aquellos tacones que Eva no se había puesto nunca, decía, en su puta vida.



El abrigo de visión

Alguna vez he escrito de mis compadres los viejos choros, artistas capaces de quitarle herraduras a un caballo al galope, maestros de lo suyo, espléndidos buscavidas de aquella España cutre que ya sólo es posible visitar en las viejas películas de Pepe Isbert, Manolo Morán y Tony Leblanc. Esas películas divertidas, geniales, que ninguna televisión de este puñetero país emite nunca, porque a los imbéciles de sus programadores les resulta más fácil inundarnos de telemierda norteamericana.

Esta mañana me llamó por teléfono uno de esos amigos: Antonio Camera, hoy ancianete y jubilado, que en otro tiempo perteneció a esa ilustre cofradía de trileros, piqueros y timadores que hasta hace treinta o cuarenta años fue aristocracia barriobajera en puertos y estaciones de ferrocarril. Antonio y el arriba firmante hemos estado charlando un rato de viejos tiempos, de la pensión de jubilado que nunca tuvo, de amigos y conocidos comunes como Amalia *la Verderona*, maestra de piqueros y tomadores del dos, de Ángel, mi famoso choro de *La ley de la calle*, o del legendario Muelas, creador del timo del telémetro y autor inmortal de la venta a un pringao del tranvía 1001, que es el más extraordinario hito de la historia del timo en España.

Al final hemos quedado en vemos y tomar unas cañas. Y aunque hace ya un par de horas que colgué el teléfono, todavía sonrío al recordar el acento madrileño y chuleta de Antonio, su viejo orgullo profesional cuando le tiro de la húmeda y le hago que largue, y recuerde. Dentro de unos días, cuando nos tomemos unas cañas en cualquier mostrador de zinc o mármol, le haré contarme despacio y por enésima vez su mayor logro profesional, su obra maestra: el timo del abrigo de visión. Antonio, que de joven tenía una planta estupenda, con clase, recurría a ese registro cuando quería correrse por el morro una juerga. La última vez fue en el año 59, en Madrid, después de haber tocado con éxito el mismo palo en provincias. Primero alquiló una suite en el Palace, donde se dio una buena zampa; y luego, bien maqueado y engominado, se fue a Pasapoga en busca de la torda más espectacular que hubiera a tiro. A los tres boleros, un bayon y dos mambos empezó a enseñar billetes y a decir eso de qué hace una mujer como tú en un sitio como éste, bombón, a ti te tenía yo como

a una reina. Y para demostrarlo, te voy a regalar mañana un abrigo de visión. Que no, que sí, que tú me tomas el pelo, chato, que yo hablo en serio, mi vida, que ésa es la fetén y a mí me salen las lechugas por las orejas, y ese cuerpazo, amén de otras cosas, está pidiendo un visón pero ya mismo. Total: al día siguiente, cita con la gachí, aún algo incrédula, en la mejor peletería. Pruébate éste. Y éste. Nos llevamos éste, el más caro. La jai, por supuesto, alucinando en colores. Y a la hora de pagar, Manolo desenfunda arte y labia: vaya, qué contrariedad, se me han terminado los cheques, es igual, llévemelo a las seis de la tarde al Palace, habitación tal. Y se va con la torda.

Luego, fase crucial: oye, prenda, son los dos, vamos al hotel si te parece, comemos caviar y champán y esperamos el abrigo. Chachi. Y daro, a la suite. Y allí, esperando el visón, piscolabis de lujo y polvazo inmenso y gratis —«*de esos que uno se cae de la cama, colega*»— con la mejor hembra de Pasapoga. Y a las cinco y media en punto, Antonio se levanta. Oye, perdona, mi vida, bajo un minuto a la caja del hotel a sacar metálico, que traerán el visón de un momento a otro. El resto se lo imaginan ustedes: ese Antonio que se viste. Ese Antonio que baja y cruza el vestíbulo. Ese Antonio que sale a la calle como si fuera a por tabaco. Ese Antonio que no vuelve. Y a las seis, puntual como un clavo, llega el peletero con el visón, y sube al cuarto; y le abre la jaca, que ya se va mosqueando, y se monta el pifostio. Y en esas aparece el cajero del Palace sin nadie que le pague una cuenta que te cagas, incluida la suite, y el caviar, y el champán, y las flores que Antonio —que es un romántico— le regaló a la gachí.

Eso, se pongan como se pongan los mojigatos y las feministas galopantes, es arte, se mire por donde se mire. Arte de verdad, de la vieja escuela; filigrana imposible sin mucho morro, aplomo y talento. Y oírsele contar al artista, imaginen. Por eso ya disfruto de antemano el momento en que Antonio Camera, con la cuarta cerveza a la mitad, encienda un Ducados, me mire con su temple de viejo jugador de mus, y cuente por enésima vez aquello de: «*Y en mitad del mambo, la apalanco así y digo: una mujer con ese cuerpo merece que la tengan como a una reina*».



Ángel

Se ha casado la hija de Ángel, y estuve en la boda para verlo de padrino, con una flor en la solapa, y repartiendo puros en el convite. Se ha casado con un chaval grandote, buena gente y trabajador, de esos a quienes las suegras adoran y a quienes los suegros ofrecen tabaco. Se ha casado la hija de mi tronco el rey del trile, el ex delincuente que hablaba por la radio, que luego se hizo honrado y que ahora vive como puede con veinte mil duros al mes, trabajando en una empresa -hay que joderse- de seguridad. Se ha casado la chinorri de mi plas, el que fue ladronzuelo de mercados, boxeador sin fortuna, timador callejero, trilerero y golfo de pro. El que llegó a manejar la borrega y los taponeros como nadie, y a quien la aristocracia del barrio, o sea, el personal que se busca la vida, respetó siempre como hombre cabal y de palabra, de esos que no se derrotan de un amigo ni se chotean de los enemigos, por muy perros que sean.

Ángel y el arriba firmante nos conocimos hace quince años. Yo necesitaba, por motivos profesionales, un chorizo experto en ciertas inquietantes habilidades. Él era el mejor en su registro, así que llegamos a un acuerdo entre caballeros. Luego vinieron muchas cañas y muchos bares y muchas conversaciones, y aquel programa de radio de los viernes por la noche, 'La ley de la calle', con Manolo el pasma y los otros, que duró cinco milagrosos años hasta que, cuando obtuvo el premio Ondas, se lo cargó el entonces director de RNE, un tal Diego Carcedo, honesto defensor de las libertades y demócrata de cojones.

Daba gloria ver a Ángel de padrino, con esa nariz de boxeador y esos ojos oscuros y atentos que no pierden comba y te miran fijo, como leyendo los libros de estudio que él nunca tuvo. Sus estudios fueron otros: la calle, la vida, la madera, el talego, los consortes. Por eso es como es. Duro y cabal como la madre que lo parió. El caso es que Ángel es mi tronco, mi colega, mi hermano. Hasta me dejó usarlo de modelo en 'La piel del tambor' para el personaje de el Potro de Mantelete. Y el otro día me llama y me dice, oye, colega, se casa la niña, así que te quiero ver, y si tengo que levantarme yo de la mesa del convite para que te sientes tú, pues me levanto. Y allí me fui, qué remedio, con una chaqueta azul marino y una corbata. Y todos los invitados eran gente honrada, amigos y familiares del novio o compañeros del actual trabajo de Ángel, pero todavía pude encontrar algún resto del pasado,

algún superviviente de otro tiempo. Así que me estuve primero en la puerta de la iglesia con el Patillas y el Mellao, hablando de los viejostiempos y el Patillas, que ya está mayor que te cagas, me ofreció un pitillo disculpándose porque el tabaco rubio que fuma ahora es una mierda, pero es que cuando te retiras de la calle, dijo, hay que ir mirando con tiento la viruta que uno gasta. Y el Mellao, que también se bandea ahora lejos de las comisarías, me habló de cuando él y el Patillas y Ángel eran más jóvenes y se iban a la feria de Sevilla, y a los sanfermines, y en verano a Ibiza a tangar guiris y pringaos, y en una noche de juerga quemaban doscientos papeles. Y luego fuimos a la comida, y hubo mariachis y baile, y Ángel bailó un pasodoble con la madrina y luego él y yo nos fuimos a un rincón a mirar el panorama y a los invitados, y me fumé un farías hablando de otros tiempos, y le dije ojalá tengas treinta nietos cabales como tú, colega, y yo vaya a los treinta bautizos. Y entre los treinta te jodan vivo.

Fui el único del antiguo grupo de la radio que estuvo en la boda. Ángel los había invitado a todos, pero el tiempo pasa, y la gente tiene cosas que hacer, y cambia, y Manolo el madero es ahora una estrella y anda, lo justificó Ángel, con mucha ruina y muchos compromisos. Y Mayte vive en otros rollos, y Mar Racamonde estaba de reportaje. Y el resto de la banda se perdió en los vericuetos de la calle y de la vida, como Ruth, la lumi que salía de los servicios de señoras de RNE vestida con minifalda para hacer la carrera, y que vete a saber por dónde anda ahora. O como Juan, pequeñito y rubio y duro, Juan y su tándem y sus camisas limpias planchadas por su vieja, de quien no hemos vuelto a sabernada, nunca más. Y con el farías mediado y una ginebra con tónica en la mano, yo miraba a Ángel y le sonreía, y el alzaba una ceja, como siempre, con aquel aire de resignado estoicismo, y decía así la vida, amigo. Y yo pensaba para mi forro: suerte que tienes, Arturín. El privilegio de que un tío como Ángel te invite a esta boda y te llame amigo.

Sicarios en el país de bambi



Me telefona Ángel Ejarque, el rey del trile, mi colega de La ley de la calle, que es también abuelo de mi ahijada Inés -me hizo esa faena el cabrón-: el choro impasible que utilicé de modelo para el Potro del Mantelete, y que hace años cambió de registro y ahora es de honrado y ejemplar, el tío, que aburre a las ovejas. Es como lo de las lumis, dice: si un primavera las quita de la calle, ya nunca vuelven. O casi nunca. El caso es que él no ha vuelto, pero le queda el punto de vista; así que cuando nos vemos o nos llamamos le damos cuartelillo a las cosas de la vida, como en los viejos tiempos, cuando le dedicaba canciones en el arradio los días que no estaba de cuerpo presente porque dormía en AlcaláMeco. Puños de acero, de los Chunguitos. O La mora y el legionario; de javivi, me parece. Todas ésas. Dedicado a mi colega Ángel, que se está comiendo un marrón, etcétera. De noche no duermo, de día no vivo. Bailando un tango en un burdel de Casablanca. Hay que ver cómo pasan los siglos. Ocho o diez años hace de eso, creo. O más. El caso es que me llama Ángel, qué pasa, colega, cómo lo ves y toda la parafernalia. Y como resulta que acaban de darle matarile a un policía, por el morro, cuando iba a decirle estás servido a un sicario colombiano, le pregunto a mi plas cómo lo ve. Estas cosas en tus tiempos no pasaban, ¿verdad?... Y cómo iban a pasar, me dice. Si entonces era al revés; si eran los de la secreta y los picoletos y los grises quienes tenían acojonado a todo el mundo, colega. Impunidad gubernativa, me parece que lo llamaban. O igual no. El caso es que te majaban a hostias o te daban un buchante disparando al aire, tócate los cojones, y encima les ponían una medalla. Todo por la patria. O por la cara. Menudas estibas me llevé yo por la cara. Lo que pasa es que luego, con la democracia, que vino de puta madre, pues pasó al revés. Y ahora, aunque maderos perros siempre los hay mande quien mande -a ver quién, si no, colega, se hace madero-, los cuerpos y fuerzas se andan con mucho ojo antes de tirar de fusko o dar a una hostia, porque a poco que se les vaya la mano se comen una ruina que te cagas. Que está , muy bien y me parece guais del paraguais, oyes. Que se corten un poquito los hijoputas. Lo que pasa es que de tanto cogérsela con papel de fumar, porque los primeros que los venden si meten la gamba son sus propios jefes, se han amariconado mucho. Y ya me dirás quién tiene huevos de coger a un caco con las manos en los bolsillos, pidiéndole que se entregue, oiga, hágame el favor, si no es

molestia. Fíjate si no el otro día, los picos esos de un atraco, que el chaval llevaba una pistola de fogueo - averígualo, tronco, en mitad del esparrame-, y se dio a la fuga pegando tiros; y cuando los,cigüñeos lo pusieron mirando a Triana en la persecución, que cuando atracas son cosas que pasan, todo Cristo quiso empapelar a los pícolinos diciendo que si era proporcionado o desproporcionado, y los periódicos titularon por lo de menor de edad con pistola de fogueo, que parecía que acababan de cargarse a un niño de la lotería de san Ildefonso. Como si los menores de edad no sean igual de peligrosos, o más, que muchos mayores, y las pistolas se adivinara de lejos si son de fogueo o del nueve parabellum.

Venga ya. ¿Y lo de los sudacas malos, colega?, le pregunto. ¿Eso cómo lo ves? Pues de ese palo ni te cuento, plas, me dice. Que al lado de mis primos los colombiatas, de un lado, y de los yugoslavos, los rusos, los rumanos y demás del otro, el moro del chocolate y la navaja resulta más tierno, te lo juro, que el Babalí del Tebeo. De momento se cascan entre ellos, y la gente dice bueno, ahí me las den. Pero con el tiempo impondrán sus cojones, y entonces nos vamos a enterar de lo que vale un peine. Porque éstos no tienen complejos: matan a su madre y se fuman un puro. Y a eso la madera de aquí está poco acostumbrada, y encima nos han convencido, los de las tertulias de la radio, de que en una democracia los policías detienen a los malos con persuasión, psicología y una estampita de San Pancracio; y que un madero que utilice la violencia para detener a un violento se pone a su altura y es un fascista. Así que ya me contarás cómo van a meter mano los de aquí, que andan acojonados sin atreverse a pincharle al teléfono ni a Al Capone, y no te digo a sacar una pipa, no sea que los jueces los empapelen, y encima no tienen presupuesto ni para las balas o la gasolina del zeta. A ver cómo colocas así a un sicario colombiano armado con una tartamuda, o infiltras confites y chusqueles en las bandas, como si esas cosas se hicieran por amor al arte. En plan: como me caes bien, inspector Gagdet, voy a denunciar a mi doble y a mis consortes. No, por Dios. A cambio no quiero viruta de un fondo de reptiles, ni parte del cargamento de droga, ni nada. A cambio sólo quiero un besito. Muá, muá. No te jode. Y con el terrorismo, igual. Parece mentira que todavía haya gente que, tal y como está el patio, se tome la vida como si esto fuera Bambi.